

Percepción geoglimática en la literatura del Siglo de Oro: el caso de Vicente Espinel y su *Marcos de Obregón*

RESUMEN

El presente trabajo analiza las referencias geoclimáticas que Vicente Espinel recoge en su novela picaresca.

PALABRAS CLAVE: Literatura, novela picaresca, Siglo de Oro, historia del clima, Vicente Espinel.

ABSTRACT

This present paper analyzes geoclimatic references that Vicente Espinel collects in his picaresque novel.

KEY WORDS: Literature, picaresque novel, Golden Age, climate history, Vicente Espinel.

La importancia del estudio del clima a la hora de analizar una época es fundamental, y el Siglo de Oro no es una excepción¹, incluso en aspectos a priori poco cercanos como, por ejemplo, las mentalidades². Aunque en trabajos de referencia

1 No sobra recordar, hablando del clima en el Siglo de Oro que el campo semántico del término en aquella época no era exactamente el mismo que ahora. Así, por ejemplo, en *La Araucana*, Alonso de Ercilla escribe «El fin, el hado y el clima», significando esta última palabra «ubicación geográfica» (Ercilla, A. de, *La Araucana*. I. Edición, introducción y notas de Marcos A. Moríñigo e Isaías Lerner; Madrid 1979, p. 139). Como resulta obvio, en el presente trabajo empleamos clima en el sentido actual del término.

2 Recomendamos, por ejemplo, la lectura de una carta del jesuita Sebastián González referida a sucesos meteorológicos acontecidos en la

sobre esta época, escritos otrora, no se consideraba esta cuestión³, lo cierto es que, por fortuna, grandes historiadores la han tenido en cuenta, lo cual vale tanto para obras de nivel global, de lo cual da buena fe el título de algún libro de Geoffrey Parker⁴, como para las de ámbito local, como lo hizo, por ejemplo, Bartolomé Bennassar en su estudio sobre el Valladolid del siglo XVI⁵, libro que, por cierto, ejemplifica a la perfección una de las variantes de la polifacética relación entre literatura e historia, pues fue una de las fuentes básicas que utilizó Miguel Delibes para *El hereje*⁶, de igual manera que la literatura del Siglo de Oro ha sido frecuente fuente para la investigación histórica, como, por ejemplo, el presente artículo.

Para la investigación sobre la historia climática suelen ser de especial relevancia los datos sobre episodios extremos (inviernos especialmente fríos, años con sequía o inusualmente lluviosos, riadas⁷,

muerte y entierro del Conde-Duque de Olivares, publicada por el Dr. Marañón en su biografía del citado valido (Marañón, G., *El Conde-Duque de Olivares*, Madrid 1958, p. 261-262); las diversas interpretaciones sobre los sucesos meteorológicos que el citado religioso desprecia no son sino manifestación de la época en la que, como bien escribió el Doctor Marañón, «al lado de la verdadera fe religiosa crecían todas las supersticiones, milagrerías y alucinaciones» (ibíd., p. 139).

3 Por citar sólo dos ejemplos, mencionaremos los siguientes:

— Pfandl, L., *Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos X VI y XVII. Introducción al estudio del Siglo de Oro*, Barcelona 1942.

— Piétri, F., *La España del Siglo de Oro*, Madrid 1960.

4 Parker, G., *El siglo maldito. Clima, guerras y catástrofes en el siglo XVII*, Barcelona 2013, p. 41-77.

5 Bennassar, B., *Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*, Salamanca 1981, p. 21-53.

6 García Domínguez, R., *El quiosco de los helados. Miguel Delibes de cerca*, Barcelona 2007, p. 474: «Y no hace tanto, evocando con el novelista aquel acontecimiento para la elaboración de este libro, comentaba Delibes, en relación a su investidura [como doctor honoris causa por la Universidad de Valladolid] compartida con el historiador Bennassar: “Quién iba a decirme a mí entonces que el estudio de Bennassar sobre el siglo XVI vallisoleitano habría de ser, quince años después, mi principal vademecum para documentarme a la hora de escribir mi novela *El hereje*”.» Sobre esta ceremonia vid. *Universidad de Valladolid. Actos de investidura como doctores «honoris causa» de los excmos. señores D. Miguel Delibes Setién, D. Bartolomé Bennassar, D. Ramón Carande y Thovar*, Valladolid 1983.

7 Recordemos, por ejemplo, un dato que citamos de D. Marcelino Menéndez y Pelayo: «Hay una carta, muy larga, y muy interesante y bellamente escrita, de RODRIGO CARO á Quevedo, describiéndole con singular viveza de expresión la riada de Sevilla en el mes de Enero de 1626.» (Menéndez y Pelayo, M., *Estudios de crítica literaria*, Madrid 1884, p. 174).

inundaciones⁸..., que también han dejado su huella en la literatura del Siglo de Oro, incluso referidos a lugares lejanos a España⁹), pero para una historia completa del clima hay que considerar también las informaciones indicativas de lo que serían las condiciones normales de una época determinada (a veces, con repercusiones de enorme interés para ciertas parcelas del estudio histórico¹⁰). Y para ello son de singular interés las percepciones que los contemporáneos dejaron reflejados de diversas maneras, siendo una de ellas, y de especial importancia, las indicaciones recogidas en las obras literarias¹¹ (sin olvidar, lógicamente, las notas que aparecen en los libros de viajes¹² —algo, por cierto, de relevancia para el presente análisis, como posteriormente se comprobará—). La literatura medieval hispánica presenta algunos datos muy interesan-

8 Incluso, hay circunstancias climáticas puntuales de gran importancia en ámbitos tan destacados como, por ejemplo, la historia del arte. Así, verbigracia, en 1522, una «inundación significó el fin de las construcciones monásticas medievales excepto la iglesia» del monasterio de Valdediós (Torné Cubells, J., «Santa María de Valdediós 1200-1835», en *Los Monjes de Valdediós*, Valdediós 1995, 49-90, concretamente p. 75-76).

9 Un caso muy interesante, en este sentido, lo recoge Lope de Vega, en una de sus *Novelas a Marcia Leonarda* («La desdicha por la honra»), referido a un episodio climático en el que se heló el Bósforo: «Dentro de nuestra Europa, a solos cuatro estadios del Asia (tanto que habiéndose helado aquel mar por puente de hielo y nieve que cayó encima, se pasaba del Asia a Europa), yace Constantinopla, primera silla del romano imperio, después del griego y agora del turco...» (Vega, L. de, *Novelas a Marcia Leonarda*, Palencia 2005, p. 67). Poco después, añade (p. 69): «Su sitio es tan frío que desde diciembre hasta fin de marzo está cubierta de nieve.» Al respecto, cabe recordar que el Bósforo llegó a congelarse en la época invernal de 1620-1621, y que se conoce un testimonio de marzo de 1640 respecto a que en Constantinopla llegaba la «nieve hasta las rodillas de los caballos» (Parker, G., *El Siglo maldito... o. c.*, p. 42 y 44 respectivamente).

10 Por poner un solo ejemplo, cabe recordar la influencia de las condiciones climáticas en la sierra madrileña en la salud de los monjes de San Lorenzo del Escorial, algo bien estudiado, por lo que se refiere al siglo XVI, por Emilio Maganto Pavón (Pavón Maganto, E., *La Enfermería Jerónima del Monasterio del Escorial (Su historia y vicisitudes durante el reinado de Felipe II)*, Madrid 1995, p. 122-126).

11 Con un lenguaje, lógicamente, literario. Por ejemplo, cuando Agustín de Rojas escribía en *El viaje entretenido*, publicado en 1603, que «Participa Madrid, entre otras muchas cosas, de un cielo muy claro» (Roxas, A. de, *El viaje entretenido*. II, Madrid 1793, p. 25), nos está diciendo algo tan evidente como que hay muchas horas de sol al año, como es evidente en cualquier tabla estadística climatológica sobre el tema.

12 Vid. Alvar Ezquerro, A., «Viajes, posadas, caminos y viajeros», en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, dir. J. M. Alcalá-Zamora, Madrid 1989, 109-126, concretamente p. 117-120.

tes de tipo climático¹³, y también en mismos los orígenes del Humanismo (nada menos que en Petrarca) pueden encontrarse comentarios alusivos al respecto¹⁴. La brillantez de las letras del Siglo de Oro hispánico —cronología en la que se circunscribe el presente trabajo— tiene múltiples manifestaciones y ramificaciones, evidentemente, pero, además, se ve enriquecida por una singular circunstancia histórica: como es bien sabido, la monarquía hispánica se extendía por una variedad de territorios no sólo extensísima sino también muy heterogénea, con zonas tan contrastadas geográficamente como, por ejemplo, los Países Bajos y Filipinas, el Milanesado y el sur de los actuales Estados Unidos, la mitad meridional de Italia y Sudamérica, de modo que algunos escritores reflejaron en sus obras detalles de lugares con características geoclimáticas completamente diferentes, recogiendo desde datos evidentes¹⁵ hasta algunas descripciones de enorme interés¹⁶

13 Basta recordar el «Elogio de España» contenido en el *Poema de Fernán González* (*Poema de Fernán González*. Edición, introducción y notas de Alonso Zamora Vicente, Madrid 1978, p. 44-49).

14 En una de las cartas de sus *Rerum Senilium Libri* escribe: «... et Pirinaeos colles adii, celo saepe turbido...» (Petrarca, F., *Mi secreto. Epístolas* (Selección). Edición bilingüe de Rossend Arqués Corominas, Madrid 2011, p. 530). Parece claro que Petrarca percibió que, como consecuencia de la altitud, había más nubosidad en los Pirineos que en las zonas llanas, lo que, lógicamente, implica menos horas de insolación y más precipitaciones en la citada cordillera. El texto citado de Petrarca no es, obviamente, una excepción en la historia de la literatura en cuanto a la constatación de esta característica de las las montañas (*vid.*, verbigracia, en el siglo pasado, Delibes, M., *Mi vida al aire libre*, Barcelona 1989, p. 175: «Estas cumbres [se refiere a montañas de Cantabria], coronadas generalmente de bruma...»)

15 Verbigracia, Gonzalo Fernández de Oviedo indica de la Isla Española que «el tiempo en aquellas tierras es suave y de ningún frío» (Fernández de Oviedo, G., *Sumario de la natural historia de las Indias*. Edición, prólogo y notas de Juan Bautista Avalle Arce, Madrid 1963, p. 25).

16 Como simple ejemplo, aunque no se refiere *sensu scitico* al clima, no nos resistimos a mencionar, por ejemplo, la descripción que hizo el capitán Contreras de una erupción del Vesubio (Contreras, A., *Discurso de mi vida*, Madrid 2004, p. 113-114).

Aunque aludimos a textos de escritores, resulta pertinente, si queremos acercarnos a una visión lo más completa posible a la realidad del Siglo de Oro, pensar que en no pocas conversaciones de la época se aludiría a cuestiones de este tipo, al encontrarse personas que, pertenecientes a la misma monarquía, eran de (o viajaban por) lugares con características tan heterogéneas. La misma literatura de la época nos muestra algo de esto; por ejemplo, en *La dama boba* escribe Lope de Vega, en una escena imaginada en una posada de Illescas:

«Como aquí, Turín, se junta / de la Corte y de Sevilla, / Andalucía y Castilla, unos a otros preguntan, / unos de las Indias cuentan, / y otros con

(y esto sin olvidar informaciones sobre otras zonas, originadas por otras causas¹⁷).

En el presente trabajo analizaremos las recogidas en la novela picaresca titulada *Vida del escudero Marcos de Obregón*¹⁸, libro del «maestro Vicente Espinel, gran poeta y excelso novelista»¹⁹, además de músico²⁰, traductor²¹ y, muy probablemente, profesor de un jovencísimo Lope de Vega²² (del *Fénix de los ingenios*, por cierto, ya analizamos parte de su obra en otra ocasión en relación también a cuestiones climáticas²³). La lectura de esta novela puede producir al lector la impresión de que hay muchas referencias geoclimáticas, proporcionalmente más que otras obras del Siglo de Oro. Pero, además, hay que añadir que,

discursos largos/ de provisiones y cargos, / cosas que al vulgo alimentan.» (Vega, L. de, *La dama boba*. Edición de Diego Marín, Madrid 2009, p. 64, vv. 9-16).

17 Por poner un solo ejemplo, cabe recordar algunos poemas del Conde de Rebolledo, embajador en Dinamarca, en los que nos habla, por ejemplo, de «Hielos, nieves» y «las iras del invierno» en relación a «UN VIAJE QUE HACÍA A ALEMANIA», o de «EL AÑO 1652, QUE HIZO EXCESIVOS CALORES EN TODO EL NORTE», con un soneto que comienza así: «Arte el Báltico mar» (Rebolledo, B. de, *Antología poética*, León 2007, p. 212, 217 y 52 respectivamente).

18 Espinel, V., *Vida del escudero Marcos de Obregón*. Edición, introducción y notas de M.^a Soledad Carrasco Urgoiti, Valencia 1972. En el presente trabajo citaremos por esta edición, compuesta de dos tomos con numeración de página independiente, de modo que cuando la cita sea del segundo, se indicará, entendiéndose que, si no, corresponde al primero.

19 Zamora Vicente, A., *Lope de Vega*, Madrid 1961, p. 33.

20 De hecho, fue parte de la que ha sido calificada como «generación portentosa» (Suárez Pajares, J., «Lo que Cervantes escuchó», *El Cultural* (06/01/2005) —www.elcultural.com/revista/escenarios/Lo-que-Cervantes-escuchó/11107—).

21 Por ejemplo, publicó a finales del siglo XVI su traducción de la *Poética* de Horacio, y de algunas odas del mismo autor clásico (*DIVERSAS RIMAS DE VICENTE ESPINEL, BENEFICIADO DE LAS IGLESIAS de Ronda, con el Arte Poetica y algunas Odas de Horacio, traducidas en verso Castellano*, Madrid MDXCI).

22 Sobre que Vicente Espinel fuese profesor de Lope de Vega se ha escrito mucho, no faltando incluso quien lo haya puesto en duda, a pesar de los testimonios al respecto proporcionados en algunos de sus escritos por los dos mismos autores aludidos. En todo caso, recuérdese al respecto de la relación entre Espinel y el Fénix de los ingenios que, como escribió José de Entrambasaguas, «Lope le recordó siempre con devoción» (Entrambasaguas, J. de, *Vivir y crear de Lope de Vega. I*, Madrid 1946, p. 23).

23 Martínez Ángel, L., «Humanismo y Renacimiento de Florencia en Lope de Vega y otras notas históricas sobre el «Fénix de los ingenios»: *La Ciudad de Dios* CCXXVIII-1 (2015) 163-195, concretamente p. 187-191).

por la cronología, tanto de la vida del autor como de la misma obra, nos hallamos entre las últimas décadas del siglo XVI y comienzos de la siguiente centuria, es decir, una época en la que el clima estaba ya dando algunos indicios del enfriamiento que progresivamente se fue haciendo más intenso.

Antes de comenzar resulta pertinente recordar que, obviamente, no todos los datos que aparecen en las novelas picarescas han de ser tomados como fiel reflejo de la realidad histórica, como bien indicó hace unas décadas el Dr. Marañón²⁴; además, como acertadamente escribió Rosa Chacel, a propósito del *Quijote*: «Es muy difícil en una gran obra, deslindar lo que es pura y estricta creación de lo que es efecto o producto del medio, de la época, de la costumbre e incluso de la conveniencia»²⁵. La novela picaresca de Vicente Espinel que aquí analizamos es, sin lugar a dudas, «una gran obra», aunque, evidentemente, no del nivel del *Quijote*. Con todo, los datos de carácter geoclimático que estudiaremos en el presente trabajo, por su propia naturaleza y porque se refieren a lugares en los que vivió o por los que viajó Vicente Espinel, son no sólo perfectamente verosímiles sino también, muy probablemente, reflejo de sus vivencias (como lo son las que incluyó Montaigne en su *Diario de viaje*, u otras que aparecen en la literatura de nuestro Siglo de Oro²⁶) y, por tanto, susceptibles de análisis geográfico e histórico, como el que aquí realizamos.

Dicho esto, comenzamos, indicando que las percepciones reflejadas en la novela son exactamente esto, es decir, las impresiones personales, desde la propia vivencia de un hombre de letras y muy viajado (en Vicente Espinel se confirma plenamente aquello que escribió Miguel de Cervantes de «que el ver mucho y leer mucho aviva los ingenios de los hombres»²⁷). No son las descripciones científicas de un experto en geografía climática, pero ello no significa que estas percepciones carezcan de valor

24 *Lazarillo de Tormes*. Prefacio de Gregorio Marañón, Madrid 1985, p. 20ss.

25 Chacel, R., *La confesión*, Barcelona 1971, p. 51.

26 Por poner un solo ejemplo, no hay razones para dudar de que el soneto de Fr. Hortensio Félix Paravicino dedicado «A la jornada del Rey a Andalucía lloviendo mucho» no se debiese, precisamente, a ello (*Obras pósthumas, divinas y humanas de Don Félix de Arteaga*, Alcalá 1650, f. 67).

27 Cervantes, M. de, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Edición, introducción y notas de Juan Bautista Avalle-Arte, Madrid 1992, p. 187.

científico, pues la observación es una de las bases científicas, como bien se sabe desde la Antigüedad griega²⁸. Por ello, se observará en no pocas de las percepciones que han sido realizadas desde la perspectiva de una persona que comparará, directa o indirectamente, con su zona natal (Ronda y las serranías cercanas), o con otras partes de Andalucía. Este proceder es lógico, de igual manera que, por ejemplo, Michel de Montaigne comparaba realidades que veía en Italia con las de Francia, como mostraremos en nota a través de unos pocos de los muchos ejemplos aducibles²⁹.

Antes de proseguir, parece pertinente realizar una matización. Las referencias de la novela de Vicente Espinel que vamos a analizar son, como ya indicamos, verosímelmente, percepciones. Y marcamos el matiz porque no todas las referencias climáticas que nos encontramos en la literatura del Siglo de Oro lo son. Así, por ejemplo, en la *Novela de la fuerza de la sangre* Miguel de Cervantes escribe:

«Una noche de las calurosas del verano, volvían de recrearse del río en Tolado un anciano hidalgo con su mujer...»³⁰

En este caso, parece más que posible, considerando su biografía, que el escritor hubiese experimentado los rigurosos calores del verano toledano. Sin embargo, por ejemplo, cuando María de Zayas hace referencia a «una noche de las calurosas

28 Ya en su *Protréptico* (fragmento 18) recordaba Aristóteles lo que Pitágoras decía de sí mismo: «καὶ ἑαυτὸν δὲ θεωρῶν ἔφασκεν εἶναι τῆς φύσεως».

29 Montaigne, M. de, *Diario de viaje a Italia por Suiza y Alemania en 1580 y 1581*. Edición de Santiago R. Santerbás. Traducción de Santiago R. Santerbás, Madrid 2010:

— P. 165: «VERONA, a doce millas, ciudad del tamaño de Poitiers...»

— P. 169: «PADUA [...]. Es una ciudad muy vasta, y a mi entender tiene un contorno del tamaño de Burdeos por lo menos.»

— P. 179: «FERRARA [...]. La ciudad es del tamaño de Tours.»

— P. 210: «En cuanto al tamaño de Roma, el señor de Montaigne decía que el espacio que rodean los muros, vacío en más de sus dos tercios, incluyendo la antigua y la nueva Roma, podría igualar al recinto que se hiciera alrededor de París, comprendidos todos los arrabales de cabo a rabo; pero si se calcula el tamaño por el número y aglomeración de casas y viviendas, piensa que Roma no llega a un tercio del tamaño de París; en número y dimensiones de las plazas públicas, y en belleza de calles y casas, Roma la supera con mucho.

Encontraba también que el frío del invierno era muy parecido al de Gascuña.»

— P. 369: «MILÁN [...]. Esta ciudad [...] no difiere mucho de París...»

30 Cervantes, M. de, *Novelas ejemplares*. III, Barcelona 2005, p. 5.

de julio»³¹ en Milán, probablemente no haya sido una percepción personal de la autora, sino, simplemente, un alusión tópicamente verosímil.

Dicho esto, comenzaremos con la primera referencia; estando el protagonista de la novela en Madrid, dice:

«no me atreví a los fríos de Castilla la Vieja»³².

Más allá de lo evidente del comentario, quizá convertido en tópico, no quita para que se manifieste como algo indubitable, visto no sólo desde la perspectiva de un rondeño, sino también desde la percepción de alguien que, como Vicente Espinel, vivió en Salamanca en su época de estudiante universitario y en Madrid, con fríos algo menos severos que los de la Submeseta norte, durante muchos años. Lógicamente no significa que en la ciudad de Madrid no hiciese frío en invierno, de lo que dan buena prueba tanto la literatura del Siglo de Oro³³ como otras

31 Zayas, M. de, *Parte segunda del Sarao y entretenimiento honesto [Desengaños amorosos]*. Edición de Alicia Yllera, Madrid 1983, p. 173.

32 Espinel, V., *Vida del escudero...* o. c., p. 142.

33 Recuérdese, por ejemplo, un pasaje de María de Zayas, en referencia a Madrid: «una tarde de las cortas de Diciembre, cuando los hielos y terribles nieves dan causa a guardar las casas y gozar de los prevenidos braseros» (Zayas, M. de, *Novelas amorosas y ejemplares*, Barcelona 1983, p. 5), o el poema de Quevedo dedicado «A LA FIESTA DE TOROS Y CAÑAS DEL BUEN RETIRO EN DÍAS DE GRANDE NIEVE» (Quevedo, F. de, *Poemas escogidos*. Edición, introducción y notas de José Manuel Blecua, Madrid 1981, p. 142). Cabe indicar que la citada María de Zayas recogió un dato verosímil, que no deja de ser interesante, y es que en época de fríos también había días templados (Zayas, M., *Novelas amorosas...* o. c., 291): «Para lisonjear la quinta noche de la bienazonada fiesta [...] amaneció el día más alegre que pudiera pensar entendimiento humano, porque siendo Diciembre, parecía Mayo, y siendo el invierno, primavera.» Y no es el único ejemplo aducible; así, Lope de Vega escribió en los «VERSOS A LA PRIMERA FIESTA DEL PALACIO NUEVO» (es decir, el Retiro): «Pidió prestado un día / al verde mayo el rígido diciembre, / porque visto no había / rayo de sol su antecesor noviembre / cuya corona de guedejas rubias / peinaban hielos y bañaban lluvias.» (Vega, L. de, *Obras completas. Poesía, V*. Edición y prólogo de Antonio Carreño, Madrid 2004, p. XIX de la introducción).

Hablando del Retiro madrileño, en el Siglo de Oro, es pertinente comentar que «era un prodigio de estas [en referencia a las flores], pues cuando faltaban las de sus plantas, se traían cortadas; así, en diciembre de 1633 llegaron de Valencia trece carros cargados de flores para engañar el invierno madrileño» (Gállego, J., *Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro*, Madrid 1984, p. 198). Es una interesante muestra de la diferencia del clima entre la Submeseta sur y la costa levantina, con el subsiguiente efecto sobre la vegetación.

fuentes documentales³⁴ (y, valga la digresión, que en el siglo XVII se fuese enfriando el clima no significa que los veranos madrileños dejasen de ser calurosos, como bien atestiguan las letras de aquel momento³⁵).

34 Por ejemplo, en una carta que Felipe II escribe a una de sus hijas desde Madrid el 22 de febrero de 1589: «... ha nevado y helado aquí tanto que no lo podríais creer, mas ha sido de manera el hielo que en los estanques de la Casa de Campo se ha andado en patines un mes entero muy bien y doce veces los fuimos a ver, como esto y otras cosas os debe haber escrito vuestra hermana. Y si tuviéramos trineos creo que se pudiera haber andado en ellos algún día y don Diego de Córdoba está muy puesto en hacerlos para el invierno que viene, que creo yo que en él ni en otros muchos inviernos no habrá nieve para ellos, como tampoco no ha habido en otros inviernos, como vos lo habéis visto acá.» (Bouza, F. (ed.), *Cartas de Felipe II a sus hijas*, Madrid 2008, p. 161-162).

Son verdaderamente interesantes estas reflexiones del monarca, que ha percibido que, aunque un año se pudieron usar trineos, lo normal era que no se podían utilizar y, de hecho, no los tenían. Lógico es que D. Manuel Fernández Álvarez no los incluyese entre las diversiones populares del Siglo de Oro (Fernández Álvarez, M., *La sociedad española del Renacimiento*, Salamanca 1974, 245-247). Felipe II, por cierto, siendo príncipe, «en Augsburgo [...] probó a montar en trineo en la nieve» (Parker, G., *Felipe II. La biografía definitiva*, Madrid 2010, p. 105). En la obra de los grandes autores del Siglo de Oro hay alguna referencia al trineo (Quevedo, F. de, *Obras satíricas y festivas*, Madrid 1970, 113). Mas los trineos, para los españoles de aquellos tiempos, no siempre fueron fuente de diversión, sino más bien lo contrario, como en ciertos episodios bélicos de Flandes (v. g. Cabrera de Córdoba, L. *Filipe Segundo Rey de España*, Madrid 1619, p. 742), dado que, como ya indicaba el capitán Alonso Vázquez en referencia a Frisia: «... están mui fuertes por los grandes pantanos que se estienden por toda la tierra, y para hacer la guerra se aguarda al rigor del invierno —sic— quando están elados» (f. 6[v]). Por cierto que el mismo capitán Alonso Vázquez realiza una interesantísima descripción de los tipos de trineos que se usaban en los Países Bajos (f. 22[v]). Esto, ciertamente, no extraña cuando hablamos de una «tan helada y fría», como se la califica en la *Vida y hechos de Estebanillo González (Vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor. Compuesto por él mesmo*. Edición, introducción y notas de Nicholas Spadaccini y Anthony N. Zahareas. Tomo I, Madrid 1978, p. 207).

³⁵ Valgan, a modo de ejemplo, estos testimonios, los primeros referidos propiamente a Madrid y el último a Getafe:

— Vega, L. de, *Cartas (1604-1633)*. Edición de Antonio Carreño, Madrid 2018. En la p. 143, en una carta escrita en Madrid en julio de 1611, indica que «Los calores son excesivos aquí, señor excelentísimo. Huélguese vuestra excelencia de los fríos de Castilla...» Y en la p. 501, en una epístola redactada en la misma ciudad que la anteriormente citada, en agosto de 1617, indica una manera que tenía de combatir los efectos del sofocante verano madrileño: «De dormir sobre una alfombra las siestas destes infernales días en un aposento regado...»

— Vélez de Guevara, L., *El diablo cojuelo*, Barcelona 1983, p. 26: «Y levantando a los techos de los edificios, por arte diabólica, lo hojaldrado, se

Como decíamos, estudió Vicente Espinel en la Universidad de Salamanca, y al clima de esta ciudad hace algunas referencias:

«Salamanca, tierra frigidísima,...»³⁶

En la siguiente referencia hace una respecto a una de las características propias del clima de la Submeseta norte: las heladas.

«... haciendo un frío que en echando el agua en la calle, se tornaba cristal.»³⁷

El invierno salmantino le parecía duro a una persona procedente de Andalucía, y, como interesante contraste, sin embargo, no debió parecersele a un flamenco como el humanista Juan Vaseo, quien, unas décadas antes de que Espinel fuese alumno en la capital charra, ejerció como catedrático en su Universidad, tras haber trabajado en la Biblioteca Colombina de Sevilla, ciu-

descubrió la carne del pastelón de Madrid como entonces estaba, patentemente, que por el mucho calor estuvo...»

— En junio de 1571 a Felipe II «le preocupaba que allí [en el Alcázar de Madrid] pasara [su esposa Anna] demasiado calor, por lo que le decía a Ladrada: “no ay duda sino que el aposento de la reyna está caluroso, a lo menos de noche, y así sería muy bien que se pase a dormyr solamente a my cámara para que esté fresca de noche”» (Parker, G., *Felipe II...* o. c., p. 456). Huelga decir que la literatura del Siglo de Oro muestra el obvio efecto del excesivo calor nocturno, como narra Cervantes en cierto momento referido a Sancho Panza: «hacía calor y no podía dormir» (*Quijote*, II, XLIV —en el presente trabajo todas las citas del *Quijote* las realizamos de Cervantes, M. de, *Don Quijote de la Mancha*. Edición conmemorativa del IV centenario Cervantes. Edición y notas de Francisco Rico, Barcelona 2015). Hemos hablado del Alcázar de Madrid, en el que se encontraba la Sala de los Espejos, «en la que colgaron las más ricas colecciones de la monarquía, en invierno tapices, y en verano cuadros, buscando una mayor sensación de frescor.» (Álvar Ezquerro, A., «Aspectos de la vida diaria en la corte del rey de España», en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, dir. J. M. Alcalá-Zamora, Madrid 1989, 91-108, concretamente p. 99) Y la literatura muestra también cómo los más acomodados de aquella sociedad tenían recursos para combatir el calor estival; así, la duquesa del *Quijote* pasa «la tarde [...] con sus doncellas en una muy fresca sala» (*Quijote*, II, XXXII).

— Hurtado de Mendoza, A., *Getafe*: «¡Oh, Getafe, Aranjuez del mismo infierno, / jardín de tapias, selva de capotes, / sayazo en talle, en pulidez manchego, / ribera de calor, campo de fuego!» (publicado en *Antología del entremés barroco*. Edición de Celsa Carmen García Valdés, Madrid 2003, 246).

36 Espinel, V., *Vida del escudero...* o. c., p. 184.

37 Ídem, *ibíd.*, p. 206. Las referencias climáticas de Vicente Espinel referidas a Salamanca fueron recogidas y comentadas ya en Cortés Vázquez, L., *Salamanca en la literatura*, Salamanca 1973, p. 98-99 (dentro del capítulo titulado «DEL RÍO, DEL FRÍO Y DEL BRÍO»).

dad de la que «no soportaba el calor»³⁸ (cabe recordar, al respecto, la razón por la que fue Toro y no «Sevilla o Sanlúcar» el lugar de destierro del Conde-Duque de Olivares³⁹): las percepciones subjetivas como fuente para un análisis objetivo.

Y la siguiente referencia, también referida a Salamanca, da pie a una reflexión interesante para el estudio de la historia del clima:

«..., más particularmente se ha de hacer en Salamanca, lo uno por la frialdad y sutileza del agua,...»⁴⁰

Con independencia de otras cuestiones, la variación diacrónica de la temperatura de las aguas fluviales y freáticas por el cambio climático que se estaba produciendo en el siglo XVII sería un aspecto del estudio del tema que, por la más que evidente dificultad de su investigación, probablemente haya de quedar sobre la mesa de análisis desde una perspectiva meramente teórica.

Volviendo al hecho de que el autor fue un rondeño que vivió durante años en Madrid, hay un pasaje especialmente interesante, con la descripción de una intensa tormenta sobre la capital de la monarquía hispánica.

«Al tiempo que acababa esta conversación con el ermitaño, vi todo el cielo revuelto y turbado. [...] Dentro de poco

38 Ruiz Asencio, J. M., *La Biblioteca de Hernando Colón, una aventura bibliográfica en el siglo XVI. Lección inaugural del Curso Académico 2008-2009*, Valladolid 2008, p. 30-31.

Respecto al contraste entre ciertas zonas de España con Flandes cabe recordar, también, cómo Felipe II, para los jardineros flamencos que mandó venir, «no sólo aprobó un horario de trabajo especial, dado que no estaban acostumbrados al calor del verano castellano, sino que les permitió experimentar qué técnicas resultarían más a propósito en el nuevo entorno» (Parker, G., *Felipe II... o. c.*, p. 270).

39 Marañón, G., *El Conde-Duque... o. c.*, p. 237: «Pero, al fin, se convino en que la fórmula fuese que Haro, como sobrino de Olivares, pidiese a Don Felipe el traslado de su tío a otro lugar que no fuese Loeches, porque perjudicaba a su salud. Se pensó en Andalucía, por ser la tierra familiar de Olivares. Pero al día siguiente, el Padre Martínez Ripalda trajo una carta de Don Gaspar de Haro, en la que le pedía que no se le enviase a Sevilla o Sanlúcar, sino a Toro o León, por su mejor clima. Así fue acordado.»

Las referencias al calor sevillano se complementan con las de sus épocas de sequía, con sus correspondientes consecuencias; así, Mateo Alemán escribe: «Era el año estéril de seco, y en aquellos tiempos solía Sevilla padecer; que aun en los prósperos pasaba trabajosamente; mirad lo que pasaría en los adversos.» (Alemán, M., *Guzmán de Alfarache*, Madrid 1929, p. 45-46).

40 Espinel, V., *Vida del escudero ... o. c.*, p. 200.

espacio fue tan grande la tempestad de truenos, relámpagos y rayos, que la creciente en menos de media hora casi vino a cubrir los ojos de la puente y fue forzoso cerrar las puertas del humilladero, que combatidas del aire hicieron mucho en no rendirse a su violencia. [...] ¡Jesús, y qué continuos truenos! ¡Qué gruesa piedra! ¡Qué perseverancia tan grande! Desde que yo vine a Castilla, nunca entendí que fuera tan sujeta a tempestades tan desatadas como las que muchas veces he visto, que en mi tierra, por ser llena de grandes montañas, muy altas y sujetas a la fuerza de los vientos, no es tan de admirar que se vean estos tan arrebatados turbiones, mezclados con vientos y granizo.»⁴¹

En otras partes de la novela comenta las consecuencias de la misma tormenta:

«AUNQUE amanecía el día con acabarse la furia del agua, que toda la noche había combatido la ermita o humilladero, era tanta la abundancia que el río había recogido, que, sobrepujando la puente, ni de la una parte ni de la otra se podía pasar, ni pasaron hasta que se fue avadando el día siguiente.»⁴²

«Despedime de él, y pasando la puente vi tantos árboles arrancados de raíz como había traído Manzanares, y algunas ballenas destripadas que solían alancear, muchos animales ahogados, otros muchos mirando aquéllos y admirándose del diluvio y tempestad tan arrebatada y repentina, todas las huertas anegadas, las isletas cubiertas de arbolillos, que casi había llegado a la ermita de San Isidro Labrador, y con la arena y árboles hechas algunas represas que hasta agora dejaron el río dividido por muchas partes.»⁴³

No es, en verdad, excepcional esta temática en la literatura de la época, dado que, por ejemplo, Lope de Vega dedicó un precioso y famoso poema (titulado «HUERTO DESHECHO») a una granizada que asoló el jardín de su casa madrileña⁴⁴, y las fuentes históricas recogen noticias sobre tormentas, alguna verdaderamente curiosa⁴⁵. Pero sí resulta particularmente interesan-

41 Ídem, *ibíd.*, p. 178.

42 Ídem, *ibíd.*, tomo II, p. 13.

43 Ídem, *ibíd.*, tomo II, p. 279-280.

44 Vega, L. de, *Poesía selecta*. Edición de Antonio Carreño, Madrid 2013, p. 524-536.

45 Por ejemplo, los Profs. Brown y Elliot han escrito: «Uno de los mayores encantos del Retiro era sus paseos no por tierra sino por agua. Los estanques y albercas estaban unidos por una red de canales, completada en 1639 con la construcción del gran canal llamado Río Grande. Se usaban góndolas para viajar por estos canales. [...] En ocasiones también se pro-

te lo escrito por Espinel por varias razones. Una de ellas es la imagen del río Manzanares con su cauce lleno, aunque de modo transitorio, de abundante caudal, en contraposición a la más habitual en la literatura del Siglo de Oro en la que se convirtió en un lugar común «el humilde Manzanares» (como le llama Miguel de Cervantes en su *Novela de la Gitanilla*⁴⁶) como un río casi sin agua, famoso gracias principalmente a un conocido poema de Quevedo⁴⁷, pero sobre lo que se explayaron autores como, por ejemplo, Luis Vélez de Guevara⁴⁸. Otra, la descripción de las consecuencias de la riada⁴⁹. Y, además, una constante que se observará en no pocas referencias de la novela de Vicente Espinel: la comparación con su Andalucía natal⁵⁰. Ya vimos anteriormente cómo aparece en la descripción de la tormenta, pero, como indicamos, hay más, y de carácter variado:

«y dentro de pocos días me fui a Valladolid, después de

ducían tormentas, y hubo una vez en que los miembros del Consejo de Castilla, que a instancias del rey se habían embarcado por los canales, fueron víctimas del mareo ante la hilaridad de los que les observaban desde tierra firme.» (Brown, J. – Elliott, J. H., *Un palacio para el rey. El Buen Retiro y la corte de Felipe IV*, Madrid 1988, p. 227).

46 Cervantes, M. de, *Novelas ejemplares. I*. Edición de Harry Sieber, Madrid 1998, p. 75.

47 Quevedo, F. de, *Poemas escogidos. Edición, introducción y notas de José Manuel Blecuá*, Madrid 1986, p. 273-4, [n.º] 163; comienza el poema: «Manzanares, Manzanares, / arroyo aprendiz de río».

48 Vélez de Guevara, L., *El diablo ... o. c.*, p. 19: «y en los baños de Manzanares los Adanes y las Evas de la corte, fregados más de la arena que limpios del agua, decían el *Ite, río est, ...*»; p. 122: «que otro día le enseñaremos en él el río de Manzanares, que se llama *río* porque se *ríe* de los que van a bañarse en él, no teniendo agua; que solamente tiene regada la arena, y pasa el verano de noche, como río navarrisco, siendo el más merendado y cenado de cuantos ríos hay en el mundo.»

49 La literatura del Siglo de Oro nos transmite no sólo crecidas por tormentas, sino también por las precipitaciones invernales; así, por ejemplo, Mateo Alemán escribe: «... veinte y ocho de Enero y el tiempo era muy trabajoso de nieves y fríos. [...] Cargaron mucho las aguas, crecieron arroyos y ríos, que no dejaban pasar a la gente.» (Alemán, M., *Guzmán de Alfarache ... o. c.*, p. 173).

50 Vicente Espinel viajó mucho en su vida, y el reflejo de esto en su novela es claro, además de normal, al igual que esa comparación constante con su tierra natal. D. Julio Caro Baroja escribió: «Cada hombre es hijo de su época y de su patria: cada relato de viaje refleja no sólo el temperamento o genio del que lo escribe, sino también su religión, su cultura, sus creencias, sus ideales patrióticos, estéticos, literarios, etc. Y este subjetivismo del viajero, lejos de ser perturbador, es útil, provechoso.» (Caro Baroja, J., *Temas castizos*, Madrid 1980, p. 142). En el presente trabajo intentamos, efectivamente, aprovecharlo.

haber visto a Burgos y toda la Rioja, provincia fértil, de bonísimo temperamento, y que parece en algo al Andalucía.»⁵¹

Cuando compara las aguas⁵² de Lombardía⁵³ (recuérdese el «campo placentino» al que alude Garcilaso de la Vega en su *Égloga segunda*⁵⁴) y las de España, de los seis lugares que de aquí menciona, cinco son de Andalucía: Sierra Bermeja, Sierra Morena, Guadalcanal, Antequera y la Ronda natal de Vicente Espinel⁵⁵. Y, si en vez de referirse a las aguas lo hace a las montañas, vuelve a lo mismo:

«y aviándome para Milán subí por aquellas montañas de Génova, tan ásperas y encumbradas como las de Ronda.»⁵⁶

Hablando de Ronda, ya citamos anteriormente cómo Vicente Espinel comentaba que había tormentas más frecuentemente que en Castilla, mas a lo largo de la obra incluye más indicaciones sobre el clima de su zona natal, como la siguiente, en la que hace una interesante reflexión sobre la adecuación de la manera en que están construidos los edificios en relación al clima:

«Yo, señor —respondí—, soy de Ronda, ciudad puesta sobre muy altos riscos y peñas tajadas, muy combatida de ordinario de ponientes y levantes furiosos, de manera que si fueran los edificios como éstos, se los llevaran las tormentas.»⁵⁷

Este fragmento, junto con alguno otro de los citados en el presente trabajo nos permite ir completando las ideas climáticas que tenían los españoles del Siglo de Oro, especialmente si la ponemos en contraste. Frente a la visión de las montañas como lugares de tormentas tenían también su complementaria, al menos aplicada a algunos lugares; así, verbigracia, el capitán Alonso Vázquez, en *Los sucesos de Flandes y Francia del tiempo*

51 Espinel, V., *Vida del escudero...* o. c., p. 304.

52 No extrañan las referencias a las aguas, porque, por ejemplo, en su *Diario de viaje*, Montaigne hace constantes alusiones al tema, muchísimas más que Vicente Espinel en su novela.

53 Hablando del agua de Lombardía, resulta pertinente recordar que el gran Miguel Ángel Buonarroti menciona el efecto de *el agua fría* sobre el *gato de Lombardía* en uno de sus poemas (Koch, Heinrich, *Miguel Ángel*, Navarra 1984, p. 90).

54 Vega, G. de la, *Poesías castellana completa*. Edición, introducción y notas de Eliás L. Rivers, Madrid 1986, p. 167.

55 Espinel, V., *Vida del escudero...* o. c., p. 119-120.

56 Ídem, ibíd., p. 117.

57 Ídem, ibíd., p. 179.

de *Alexandro Farnese*, escribió sobre el «temple de los Países Bajos»:

«No ay sabandijas ni animales ponzoñosos, ni ay truenos, relámpagos ni rayos, ni muchas tempestades, porque como la tierra es tan vaja y el aire húmedo y templado no da lugar que las aya.»⁵⁸

Estas palabras, obviamente, no deben ser tomadas de modo literal, como quedó sobradamente demostrado, por ejemplo, unas décadas después, cuando, en 1674, una gran tormenta causó graves daños en la ciudad de Utrecht, incluso en su misma catedral⁵⁹.

Respecto a Ronda, además de estos datos, proporciona en otro pasaje una interesante información en relación con la diferencia de altitud dentro del mismo espacio urbano:

«Esta ciudad fue edificada de las ruinas de Munda, que agora llaman Ronda la vieja [...] Está edificada sobre un risco tan alto que yo doy fee que haciendo sol en la ciudad, en la profundidad que está dentro de ella misma, entre dos peñas tajadas, está lloviendo en unos molinos y batanes que sirven a la ciudad, de donde subían los hombres mojados, y preguntándoles de qué, respondían que llovía muy bien entre los dos ricos que dividen la ciudad del arrabal.»⁶⁰

Si anteriormente hemos analizado la descripción de una tormenta, pasamos ahora a la niebla, tema en el que también la comparación la realizará Vicente Espinel con Andalucía. A lo largo de su novela Espinel hace mención a la niebla en varias ocasiones. Una de ellas se refiere a Valladolid: «las nieblas de Valladolid»⁶¹.

Tan característico es este meteoro del invierno vallisoletano que es aludido en otras referencias del Siglo de Oro, como, por ejemplo, una de Francisco de Quevedo, que vivió en la ciudad castellana, siendo alumno de su Universidad, y que citamos en nota⁶².

58 Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 2767, f. 10[v].

59 Campos Calvo-Sotelo, P., *El viaje de la Utopía*, Madrid 2002, p. 58.

60 Espinel, V., *Vida del escudero...* o. c., p. 280-281.

61 Ídem, *ibíd.*, p. 313. Poco después dice: «lleno el cerebro de nieblas».

62 Bennassar, B., *Valladolid en el...* o. c., p. 50:

«Vienes a pedirme raso
en Valladolid la bella.
Donde hasta el cielo no alcanza
un vestido raso de esta tela.»

Posteriormente vuelve Espinel a aludir a las nieblas, pero no a las castellanas, sino a las de Turín:

«Llegué a Turín, y por haber experimentado los arroyos a la venida, estúverme dos meses allí, en compañía de otro español; pero fueron tan grandes las nieblas, que se topaban los hombres por la calle sin verse, nacidas de la vecindad —según dicen allí— del Pó que pasa por junto a la ciudad, fuera de que por medio della van muchos arroyos de agua. Mas veo que en España Guadalquivir pasa por Sevilla, más caudaloso que el Pó y algunas veces tan crecido que baña la mayor parte de la ciudad y todo el campo de Tablada está hecho un mar navegable, y no he visto tales nieblas. Y Granada tiene dos ríos que la bañan y muchos arroyos por las calles, y ni parece esta escuridad o nieblas.»⁶³

Lo interesante, desde nuestro punto de vista, no es la indicación de los efectos de las crecidas del Guadalquivir en Sevilla, bien conocidas históricamente, o la referencia al ámbito fluvial de la ciudad de Granada, cuestión que fue aludida poéticamente por Pedro Soto de Rojas en su *Paraíso cercado para muchos, jardines abiertos para pocos*, sino que Vicente Espinel analiza racionalmente la causa de las nieblas, comparando la que había oído con realidades que conoce bien, es decir, con casos de su natal Andalucía. Y es interesante comprobar cómo la razón que se aducía para la existencia de tales nieblas en Lombardía (nieblas las del norte de Italia que, por cierto, han aparecido referenciadas en otras obras literarias famosas⁶⁴) es parecida a la que se argumentaba en el Valladolid del Siglo de Oro; al respecto, Bartolomé Bennassar escribe:

«Un texto de 1583, mientras tanto, responsabiliza a las aguas estancadas del Esgueva, obstruido por las basuras, de estas nieblas: “grandes nieblas muy continuadas en tiempo de invierno y muy dañosas” ...»⁶⁵

Un factor importante a la hora de considerar el clima de un lugar es su ubicación respecto a las montañas; lo que actualmente resulta algo obvio le pareció extraño a Vicente Espinel (literalmente lo califica de «extrañeza») cuando observó una serie de diferencias entre laderas de diferente orientación:

«POR la mañana tomé el camino por entre aquellas asperas de riscos y árboles muy espesos, donde vi una extrañe-

63 Espinel, V., *Vida del escudero...* o. c., p. 135-136.

64 Eco, U., *Baudolino*, Barcelona 2001, pp. 33-34.

65 Bennassar, B., *Valladolid en el Siglo...* o.c., p. 50.

za, entre muchas que hay en todo aquel distrito: que nacía de una peña un gran caño de agua que salía con mucha furia hacia fuera como si fuera hecha a mano, mirando al oriente muy templada, más caliente que fría, y en volviendo la punta del peñasco salía otro caño correspondiente a éste, muy helado, que miraba al poniente; en lo primero el romero florido, y a dos pasos aun sin hojas; y todo cuanto hay por ahí es de esta manera: unas zarzas sin hojas, y otras con moras verdes, y poco adelante con moras negras. Todo cuanto mira a Málaga muy de primavera, y cuanto mira a Ronda muy de invierno; y así es todo el camino.⁶⁶

La descripción, con detalles que recuerdan lugares comunes en la literatura de tipo popular⁶⁷, muestra la muy realista diferencia en la orientación de las laderas como condicionante de ciertos aspectos del clima y, consecuentemente, de la vegetación. Pero también se percató Vicente Espinel de la influencia de la altitud, con una visión muy observadora, porque incorpora interesantes matices. Así, al referirse a Sierra Morena, indica:

«en Sierra Morena por mayo y por todo el verano, aunque de noche hace fresco, de día se encienden los árboles de calor»⁶⁸

El intenso calor de Sierra Morena también ha sido mencionado por otros autores de la época, como, por ejemplo, Miguel de Cervantes, que tantas veces atravesó esa zona:

«Entrose Sancho por aquellas quebradas de la sierra [...]. El calor, y el día que allí llegaron, era de los del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande...»⁶⁹

La literatura del Siglo de Oro recoge la obviedad de la influencia de la altitud en la temperatura (cabe recordar que en el Renacimiento italiano hay referencias muy interesantes a ello⁷⁰), y, por no salir de Andalucía, podemos recordar al ya citado Luis Vélez de Guevara que, en *El diablo cojuelo*, escribe:

66 Espinel, V., *Vida del escudero...* o. c., p. 276

67 Por ejemplo, lo de los caños en la serranía no deja de recordar aquel poema de Pedro de Padilla que comienza: «La sierra es alta / y áspera de subir; / los caños corren agua...»; y, respecto al romero, cómo no traer a colación el poema de Luis de Góngora que tiene como primer verso «Las flores del romero» (Alonso, D., *Cancionero y romancero español*, Madrid 1969, p. 103 y 107, respectivamente).

68 Espinel, V., *Vida del escudero ...* o. c., p. 227.

69 *Quijote*, I, XXVII.

«Vámonos al Andalucía, que es la más ancha del mundo; y pues yo te hago la costa, no tienes que temer nada; que, con el romance que dice:

“Tendré el invierno en Sevilla
y el veranito en Granada”...»⁷¹

Esta idea del contraste de temperaturas entre las ciudades de Sevilla y Granada, debido al factor de la altitud, aparece también en otras obras de la época, y, así, en la *Vida y obras de Estebanillo González* se lee del protagonista, tras salir de la capital hispalense:

«y tomando el camino de Granada, a gozar de su apacible verano...»⁷²

Pero lo interesante de la observación de Vicente Espinel radica, en nuestra opinión, en el matiz que establece entre el día y la noche: aunque la altitud mitigue el calor durante las horas nocturnas, la latitud y la relativa lejanía al mar hacen que los días estivales sigan siendo intensamente calurosos.

Un aspecto interesante de la observación climática citada en el libro que nos ocupa de Vicente Espinel es el relacionado con la predicción del tiempo atmosférico, en la que la sabiduría popular deja claro su reflejo:

«AMANECIÓ el sol el día siguiente con unos rayos entre verdes y cetrinos, señal de agua...»⁷³

En la época de Vicente Espinel las actuales clasificaciones de tipos de climas obviamente no existían, pero, lógicamente, sus características principales, características estructurales eran percibidas por las personas. Así, la acusada escasez de precipita-

70 Burckhardt, J., *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid 1985, p. 248: «Pero es en el Monte Amiata, en el verano de 1462, cuando la peste y un calor de volcán hacían inhabitable la tierra baja, donde llega el goce supremo de la contemplación del paisaje. A media ladera, en el viejo monasterio longobardo de San Salvatore, sentó sus reales [Pío II] con la Curia [...]. En el magnífico frescor estival, entre viejos robles y castaños, sobre la jugosa braña son una sola zarza que arañase el pie, sin la molestia o el peligro de insectos y reptiles, el Papa se sentía plenamente feliz. [...] Algunos curiales, que, en sus partidas cinegéticas, se aventuraron hasta la tierra baja, encontraron un calor insoportable, y el campo agostado y marchito, mientras el monasterio, en aquel paraje de frescura y verdor, era como una morada de bienaventurados.»

71 Vélez de Guevara, L., *El diablo...* o. c., p. 70.

72 *Vida y hechos de Estebanillo González...* o. c., p. 242.

73 Espinel, V., *Vida del escudero ...* o. c., p. 247.

ciones veraniegas del clima mediterráneo es bien puesta de manifiesto en algún pasaje del libro de Espinel que nos ocupa, como, por ejemplo, en lo referido a la balear isla de Cabrera:

«y al fin tomamos el puerto de la Cabrera, isleta despoblada, sin habitantes ni comunicada, si no es de Mallorca...»⁷⁴

En referencia a ella, escribe:

«Detuvimos allí quince o veinte días, o más, —[...] padeciendo calor— entre mayo y junio, sin haber en toda la isleta donde valerse contra la fuerza del calor, ni fuente donde refrescarnos, sino el aljibe o cisterna de donde bebían los pobres encerrados.»⁷⁵

Aunque el clima ya comenzaba a dar señales de cierto enfriamiento en época de Vicente Espinel, la estructura del clima mediterráneo puro con veranos secos y calurosos (y entiéndase el verano más allá de su duración meramente astronómica⁷⁶) queda aquí reflejado, siendo comparada también la citada isla de Cabrera con Andalucía:

«y vi en medio de aquellas continuadas peñas una frescura milagrosa de verde y florida, porque se vieron de lejos las flores de la madreselva, tan grandes, apacibles y olorosas como las hay en toda Andalucía.»⁷⁷

Clima mediterráneo puro tiene también la costa de Argelia, lugar en el que vivía el personaje de la cautiva en la novela de Espinel que nos ocupa, y por ello no extraña que indique en cierto momento: «El tiempo era muy caluroso...»⁷⁸.

74 Ídem, *ibíd.*, p. 53.

75 Ídem, *ibíd.*, p. 54.

76 Con independencia de esto, recuérdese que el término «verano», en el Siglo de Oro, no tenía exactamente el mismo campo semántico que en la actualidad; así, Cervantes (*Quijote*, II, LIII), escribe: «la primavera sigue al verano, el verano al estío, el estío al otoño, y el otoño al invierno», explicando Florencio Sevilla Arroyo que «*primavera* significa sólo el comienzo de la primavera, en tanto que *verano* el resto de aquélla, dejando *estío* para designar el período más caluroso del verano.» (Cervantes Saavedra, M., *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edición de Florencio Sevilla Arroyo, Barcelona 2004, p. 1073). Por citar otros dos ejemplos, mencionaremos a Mateo Alemán, cuando escribe «Era entrado el verano, fin de mayo» (Alemán, M., *Guzmán de Alfarache* ... o. c., p. 32), y a Juan de Tassis, II Conde de Villamediana: «cristal la nieve hiciera, y al soltalla, / diera al monte sus hojas el verano» (Conde de Villamediana, *Poesía*. Edición, prólogo y notas de María Teresa Ruestes, Barcelona 1991, p. 145).

77 Espinel, V., *Vida del escudero* ... o. c., p. 55.

78 Ídem, *ibíd.*, p. 105.

Siguiendo con el mismo clima mediterráneo puro, hay otro interesante detalle, referido, en este caso, a la costa sur peninsular, y, en concreto, a Málaga, zona para la que no escatima elogios:

«SALIENDO de Málaga me paré entre aquellos naranjos y limones, cuya fragancia de olor con gran suavidad conforta el corazón, y púseme a mirar y considerar la excelencia de aquella población, que así por la influencia del cielo como por el sitio de la tierra excede a todas las de Europa en aquella cantidad que su distrito abraza.»⁷⁹

Ya la indicación de los cítricos y la referencia a la «influencia del cielo» nos haría pensar en la falta de fríos, a la que, dicho sea de paso, alude explícitamente en otro pasaje:

«... cogí el camino de Málaga, o de Gibraltar, que a uno destes lugares era mi viaje. [...]

Yo me avié a una destas ciudades de cuya templaça yo tenía satisfacción, que para la vejez son apacibles por el poco frío que hace en ellas.»⁸⁰

No se trata, obviamente, de una premonición del Siglo de Oro sobre el sector turístico desarrollado en el siglo XX, sino la percepción clara de alguien que, por sus viajes, había conocido distintos tipos de climas, aunque todavía hay un detalle más indicativo del clima propio de la costa mediterránea:

«... llegué a Málaga, o, por mejor decir, paréme a vista della en un alto que llaman la cuesta de Zambara. Fue tan grande el consuelo que recibí de la vista della, y la fragancia que traía el viento regalándose por aquellas maravillosas huertas, llenas de todas especies de naranjos y limones, llenas de aza-har todo el año, que me pareció ser pedazo de paraíso.»⁸¹

La responsable de la edición que citamos en el presente trabajo, M.^a Soledad Carrasco Urgoiti, escribió una nota al respecto de este pasaje en la que dice:

«El paisaje descriptivo que aquí se inicia ha llamado la atención de la crítica por el moderno sentido del paisaje que manifiesta.»⁸²

79 Ídem, *ibíd.*, p. 261.

80 Ídem, *ibíd.*, tomo II, p. 225.

81 Ídem, *ibíd.*, tomo I, p. 255.

82 Nota 872.

Cabe recordar, ciertamente, que en las descripciones tanto de Vicente Espinel como de otros autores del Renacimiento y del Barroco se percibe la influencia del estudio de la Retórica, en la que se indicaba cómo habían de hacerse⁸³ (de hecho, esta influencia era habitual en autores del Siglo de Oro, como Miguel de Cervantes, y posteriores⁸⁴). Pero lo que nos interesa, de modo especial, no es esto o la existencia de cítricos (lo que, lógicamente, sí llamó la atención de Montaigne en el norte de Italia tras atravesar los Alpes⁸⁵), sino la indicación de que están «llenas de azahar todo el año», lo que significa que es una zona sin heladas invernales. Y la imagen de las tierras cálidas como mejores que las frías que transmite Vicente Espinel no es única en el Siglo de Oro. Miguel de Cervantes, por ejemplo, escribe en la ya citada *Novela de la Gitanilla* respecto a Extremadura que es «tierra rica y caliente»⁸⁶, en claro contraste⁸⁷ con «las montañas de León» (por la altitud, zona más fría⁸⁸ que la ciu-

83 Por ejemplo, y en referencia a los árboles frutales citados por Vicente Espinel, no nos resistimos a recordar que en la parte dedicada a la Retórica de un libro del Barroco hispano como el *Speculum Grammaticorum* de Santiago de Villafañe y Yebra (publicado en Madrid en 1671) se indica lo siguiente (f. 220v): «Dize esta regla, que principalmente se alaben los campos, por la variedad de árboles y yerbas, por la fertilidad, y fecundidad de la tierra...» (transcribimos desarrollando lo abreviado y acentuando al modo actual).

84 Blecua, J. M., «El “Quijote” en la historia de la lengua», en Cervantes, M. de, *Don Quijote de la Mancha*. Edición conmemorativa ... o. c., 1115-1122, concretamente p. 1119: «Hasta el siglo XIX el escritor se forma en un complejo sistema educativo de origen grecolatino, en el que se combinan el aprendizaje conjunto de hablar y de escribir con la lectura de autores que luego servirán de modelo o, simplemente, de autoridad. Como todos los escritores de la época, Cervantes conocía sólidamente los principios teóricos y prácticos de la retórica clásica y toda su obra revela este absoluto dominio de la técnica.»

85 Montaigne, M. de, *Diario de viaje...* o. c., 161-163.

86 Cervantes, M. de, *Novelas ejemplares. I...* o. c., p. 107.

87 Una evidencia climática como la templanza del invierno extremeño en contraste con la de zonas altas de otras partes de la Península Ibérica se convirtió en un tópico literario. Por citar sólo ejemplo, recordaremos unos versos de Garcilaso:

«¿No sabes que sin cuento
buscan en el estío
mis ovejas el frío
de la sierra de Cuenca y el gobierno
del abrigado Estremo en el invierno?»
(Vega, G. de la, *Poetas castellana...* o. c., p. 126).

88 Y en algunas partes de gran niviosidad; cabe recordar, por ejemplo, el rigor del puerto de Foncebadón, entre las comarcas de Maragatería y El

dad de León, apareciendo ésta en la literatura del Siglo de Oro como lugar frío⁸⁹), donde hace nacer al cautivo cuya historia cuenta en los capítulos XXXIX a XLI del *Quijote*, y cuyos pueblos se caracterizaban, según el gran escritor, por su pobreza⁹⁰.

Para terminar, y hablando de la literatura del Siglo de Oro en relación con el clima y la percepción geoclimática, es de justicia recordar cómo un autor como Ramón Serrano Vicens, hace varias décadas, en referencia al *Quijote* y La Mancha, ya puso en interesante conexión diacrónica estos aspectos⁹¹.

Lorenzo MARTÍNEZ ÁNGEL⁹²

Doctor en Historia

Bierzo, en los Montes de León y el Camino de Santiago, lo que explica que a finales del siglo XVI «Los vecinos de El Acebo, en la provincia de Ponferrada, lindante con la de Lugo, estaban exentos del pago del servicio, con la contrapartida de clavar 800 estacas en el camino de Santiago para que la nieve no borrara la ruta de los peregrinos hasta el Hospital de Fuencabadón. Era una tarea que tenía a su cargo revisar el Corregidor de Ponferrada.» (Fernández Álvarez, M., *Historia de España Menéndez Pidal. El siglo XVI. Economía. Sociedad. Instituciones*, Madrid 1989, p. 171-171). Y, respecto a Arbas del Puerto, junto al puerto de Pajares, entre León y Asturias, un testimonio puesto por escrito en 1566 es suficientemente significativo: «... por bista de ojos ha visto la dicha montaña y tierra do está sita la yglesia de Arbas de el Puerto y ha visto que es en demasia aspera y ha visto que es tan fria que de doce meses del año los ocho esta cubierta de niebe [...]; y así mismo bio como las niebes en el sitio de la dicha yglesia son tantas que muchas beçes cubren la yglesia que no pueden yr a ella ni salir los canonicos de sus casas si no es haçiendo caminos con palas» (testimonio transcrito en García Lobo, V., *Santa María de Arbas. Proyección social, religiosa y cultural de una canónica*, [León 1986], p. 129-130).

89 Así, se lee en *La pícaro Justina*: «... en el nombre de León, junto con el rigor del frío y la melancolía de las lluvias y humedades, en que, por lo riguroso y melancólico, representa la fiereza del león y la melancolía de su cuartana.» (Úbeda, F. de, *Libro de entretenimiento de la pícaro Justina*, León 2005, p. 262). Si el autor fue, efectivamente, el toledano Francisco de Úbeda se comprendería la opinión excesiva de la lluvia en la ciudad de León, sin duda más abundante que la de Toledo, pero, con todo, no muy abundante, como corresponde a una ciudad de la Submeseta norte.

90 *Quijote* I, XXXIX: «en la estrechez de aquellos pueblos».

91 «En aquella época sólo escasamente un cuarto de la superficie se hallaba roturada y así las labores se hallaban entremezcladas con amplias zonas forestales de montes altos, de encinas en su mayor parte, de algunos pocos chaparrales y añadiéndose en las pequeñas elevaciones y sobre las umbrías robles y otros árboles, marcando los cursos de agua en sus riberras sauces, álamos, chopos y algunas olmedas (...) Si del llano nos trasladamos a las sierras, el cambio ha sido aún más notable. Montes hoy día absolutamente pelados, aunque nos parece imposible, mantenían espesos bosques y, aun donde éstos subsisten, la vegetación no sólo no es la misma

en espesura sino que la regresión de los mismos ha hecho resultar predominantes especies que antes no lo fueron; e incluso el marcado cambio edáfico y climatológico, consecutivo a la enorme deforestación, ha hecho desaparecer totalmente algunas especies de arbolado.» (Serrano Vicens, R., *Ruta y patria de don Quijote*, citado en Guerrero Martín, J., *Por los caminos del Quijote*, Salamanca 2004, p. 20-21).

92 Queremos indicar que, debido a algún problema informático, las notas a pie de página que formaban parte de artículo «Sobre dos textos latinos de 1590-1591 de Luis Tribaldos de Toledo en su etapa en la Universidad de Alcalá (manuscrito 1854 de la Biblioteca Nacional de Madrid)», publicado en un número anterior de *La Ciudad de Dios*, no aparecieron impresas. Si alguien deseara leer el texto completo del mismo, con las correspondientes notas a pie de página, puede indicárnoslo en nuestro correo electrónico (lormaran@yahoo.es) y se lo remitiremos a través de este.

